EXEGESIS

por

J. IMBELLONI

EL que escribe estas páginas tiene interés, ante toda otra cosa, en hacer notar que ya desde varios años ha expresado, con suficiente claridad, su admiración hacia el descubrimiento realizado por los hermanos E. y D. Wagner, y ha valorado en toda su significación ese inmenso aporte. Me refiero a varias monografías y artículos salidos desde 1932 hasta hoy, y de manera especial a un escrito que dediqué a las ruinas de Machu Pichu, en el que he fustigado la costumbre del todo contraproducente de aquellos arqueólogos, de ayer y de hoy, los cuales al presentar sus materiales solicitan los favores y el fácil renombre popular por medio de exageraciones interpretativas, con un espíritu sensacionalista que llega, a menudo, hasta lo inverosímil y cuyo efecto más seguro es deformar y desacreditar los méritos reales del hallazgo. Transcribo algunos párrafos de ese escrito, porque se transparenta en ellos mi valoración sincera de los materiales recogidos por los hermanos Wagner en el Chaco de Santiago:

"La verdad es que, sea cual fuera el grado de preparación propio del autor de un hallazgo de cierta importancia, su psiquis se ve pronto dominada por la mentalidad del gran público, de aquel grueso público que, careciendo de base para valorar el peso intrínseco del hallazgo, tan sólo es sensible a las revelaciones de carácter sensacional. De ello procede que la enunciación de los más importantes descubrimientos ha ido em-

parejada con amplificaciones, interpretaciones fantásticas o prematuras y absurdidades que revelan la falta de todo sentido crítico. Sin remontarnos a Colón, quien, en el cuarto viaje, olvidando lo del Chipango, afirmó haber tocado la orilla del Paraíso Terrenal, es suficiente mencionar a Schliemann, quien difundió en históricos telegramas la noticia de haber desenterrado los muros de Príamo, mientras la verdadera ciudadela epopéyica, la VI capa de Hissarlik, esperaba todavía bajo tierra la pala y el pico de Dörpfeld. En proporciones más modestas, el venezolano Requena, quien acaba de exhumar, con habilidad y fortuna, del lago Tacarigua, una cerámica indígena emparentada a Occidente con la alfarería Muisca y a Oriente con la de la Guayana y de Marajó, en lugar de valorar ese carácter de *missing link*, preciosísimo para integrar la historia cultural de la América caribe, prefiere asombrar al profano asegurándole que esa industria perteneció a los náufragos de la Atlántida. Entre nosotros, y en los días que corren, no faltan diaruchos y revistuelas que presentan la notable alfarería pintada descubierta en el Chaco de Santiago del Estero (el más abundante y novedoso hallazgo argentino después de los yacimientos de la Ciénaga estudiados por Debenedetti), como prueba de la existencia de un *imperio santiagueño*, de una *civilización misteriosa* madre de todas las sudamericanas, de una antigüedad más remota que el Neolítico europeo, y otras patrañas del mismo calibre, cuando, en realidad de verdad, los hermanos Emilio y Duncan Wagner han tenido el mérito preclaro y la suerte de desenterrar los materiales arqueológicos de un "anillo perdido" indispensable para reconstruir la cadena de las antiguas industrias del territorio argentino, y su hallazgo es tan interesante en sus conexiones con la documentación de los cronistas y el panorama protohistórico de la región, que todo sensacionalismo y megalomanía interpretativa tendrán necesariamente por efecto el de reducir seriedad e importancia al enunciado" [1].

---

(1) J. IMBELLONI, *Machu-Pichu y el mito de Pacari-Tampu*, en *Revista Geográfica Americana*, III. 301, Buenos Aires, 1935.

A esas apreciaciones, ya de por sí suficientemente claras, podrían agregarse las fundadas ante la Sociedad Argentina de Antropología, y así resumidas: "La presencia de un núcleo indígena en la provincia de Santiago, provisto de una cultura de agricultores intensivos y alfareros comparable con las ya conocidas de Catamarca, Salta, Jujuy, La Rioja, parte de San Juan y de Córdoba, es un hecho sobre el cual no es ya posible concebir dudas, después de la compulsación de los cronistas y la revisión del material arqueológico reunido por los señores Wagner. Unicamente puede subsistir el problema de una apreciación justiciera de este nuevo núcleo respecto a los caracteres racial, patrimonial y cronológico.

"Respecto al punto racial, me remito a mi estudio especial en que he demostrado que debe ser adscripto a la raza de los Pueblos-Ándidos, la que en Sud América cubre toda la faja puesta a occidente de los Andes, formando dos bolsas al Este de la cordillera: la primera en Venezuela y la segunda en el Noroeste de la Argentina.

"Respecto al patrimonio, la cultura del sector santiagueño representa una prolongación oriental del área culturológica Pueblo-Andina, una especie de borde externo o zona de frontera, colocada en contacto con las poblaciones chaqueñas propiamente dichas, con los Pámpidos de las llanuras y con las intromisiones eventuales de los elementos culturales amazónicos.

"El carácter predominante, especialmente en la técnica y arte del alfarero, es el andino. La cuestión cronológica reclamaría un conocimiento más perfecto que el actual sobre la historia formativa de las distintas *facies* del Noroeste argentino, y la de su conjunto con relación a las culturas lindantes, hacia Chile, Bolivia y Perú. A ello podremos llegar sólo cuando, rechazadas como anacrónicas las disputas superficiales que se basan sobre los nombres tradicionales y los apelativos gentilicios, afrontemos con seriedad y método la construcción de mapas etnológicos regionales del NO. especializados para cada uno de los elementos de cultura material, artística y social, a lo que seguirá el examen de las relaciones internas y de las exteriores.

"No obstante tales defectos en la organización de datos e información cartográfica, puédese desde ya asegurar que de ningún modo el fenómeno de Santiago es aislado, o esporádico, o surgido por generación espontánea en el seno del estero, y en segundo término que su florecimiento no puede ser considerado, sino arbitrariamente, anterior al de los demás pueblos del área total "diaguita", por ser contemporáneo o más bien epigonal."

También es digno de ser recordado que siempre guardé relaciones amistosas con el señor Duncan Wagner, el que pasó gran número de tardes en mi compañía, entreteniéndonos ambos en conversaciones sumamente cordiales, de las que conservo un recuerdo imborrable. En cuanto a Emilio Wagner, los lectores encontrarán en otra parte de este tomo las cartas que nos hemos cambiado, y tomarán nota de los materiales que me han sido entregados para su estudio.

Tampoco ha faltado de parte de los señores Wagner la misma consideración, y en muchas páginas del grueso volumen *La Civilización Chaco-Santiagueña* se exponen y documentan conceptos científicos enunciados en mis escritos, los que son llevados por los autores como base de razonamientos interpretativos de importancia suma para su cometido. Así, por ejemplo, mi doctrina de la plástica americana de tipo gorgónico [1] relacionada con el gran filón mundial formado por su dispersión, y, no menos importante, la teoría de la dispersión, simbología y naturaleza plástica

---

(1) Véase pág. 39 de la obra de EMILIO R. Y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización Chacosantiagueña*, Buenos Aires, 1934. (Todas las citas del presente escrito que no lleven indicación, se entienden referidas a las páginas de esta obra.).

de los vasos con cara humana [1], divididos en las categorías de vaso-canopo, vaso prosopomorfo y vaso-retrato.

Lástima grande es que los Autores, al traer en su poderoso tomo estas doctrinas, y especialmente en el trance de explicar al lector la naturaleza y el significado etnológico de la irradiación en amplias regiones del mundo, han preferido presentar construcciones sumamente fantásticas, o, de todos modos, extrañas a la elaboración etnológica moderna y a su método. Muy delicada es mi posición en este asunto, por ser el autor de algunas principales bases y criterios demostrativos aprovechados por ellos en el volumen, y por el hecho que mis ideas y doctrinas han sido violentamente deformadas, en especial grado todo lo que atañe a la interpretación formal de los elementos plásticos.

Buscaré, por lo tanto, ceñirme a las características más objetivas que el crítico puede determinar en la materia, exposición, método y raciocinios contenidos en la obra de los hermanos Wagner.

Naturalmente, nadie podría pensar que he de abordar cada una de las infinitas cuestiones que se plantean en el volumen, pues ello equivaldría a escribir una obra aun mayor. En los casos como el presente, de escritos escasamente sistematizados, cuya lectura suele resultar farragosa, mi larga experiencia me ha convencido de que todos los autores proceden invariablemente por el mismo camino, que consiste en la acumulación desordenada de "pruebas" recogidas en lecturas apuradas y afanosas, que generalmente siguen a la ideación del raciocinio, en lugar de antecederle. Resulta de ello que lo más substancial — para el crítico — es descubrir en qué consiste ese raciocinio o fórmula céntrica, verdadera clave de bóveda, la que se encuentra encubierta bajo el fárrago inmenso de digresiones y asociaciones más o menos discutibles. La búsqueda suele presentarse ardua y desconcertante, y puede decirse que el éxito sería imposible si los mismos Autores no dejasen aquí y allá, en sus páginas, vestigios casi imperceptibles de su *montaje* psicológico.

Voy a tratar en este escrito la cuestión de las urnas con cara de pájaro, porque he llegado a la conclusión de que constituye el motivo fundamental, el *primum movens* del grueso libro que comentamos.

(1) Véanse págs. 414 y sigtes.

En efecto, si prescindimos de los cuatro capítulos iniciales, que contienen generalidades sobre la provincia de Santiago y los yacimientos, ya en la primera página (pág. 47) del V capítulo, que abre las puertas a la materia arqueológica, se lee un trozo que es el verdadero *leitmotif* del tomo: *"En los flancos de la urna funeraria modelaban la divinidad ántropo-ornitomorfa destinada a volverse un día la diosa protectora de Atenas, la Minerva "de ojos de lechuza" de Hissarlik y de Micenas..."*, insistiéndose inmediatamente en que todo esto se repite en la alfarería y en la historia del Chaco. La demostración forma el tema especial del capítulo XIV (págs. 323-460), pero se encuentra también reproducida y diluída en todo el volumen. La fórmula de las relaciones entre la "lechuza" de Hissarlik y la del Chaco de Santiago, que hemos visto en las primeras páginas, a guisa de tesis, es enunciada nuevamente en los capítulos finales, a guisa de síntesis, y los Autores sacan de ella todo el efecto lírico que dimana de tan inspirada evocación.

Tales efectos no han caído en el vacío. Uno de los muchos comentaristas, cuyo manuscrito tengo delante de los ojos, después de llamar a los Wagner "verdaderos émulos y sucesores de Schliemann", termina con estas palabras: "Las resistencias que han despertado disminuirán paulatinamente y desaparecerán los prejuicios que impiden imaginar la existencia de una cultura remota en el Chaco Santiagueño, como si esta región no fuera un lugar bajo el cielo, como Troya, Tartessos y Tiahuanaco".

Así como toda comparación consta, a lo menos, de dos términos, ésta, particularmente, se ha realizado entre una serie arqueológica americana y otra de Microasia. Doy en este escrito la preferencia al segundo término, dejando el primero a la competencia de los demás miembros de esta Sociedad, ampliamente versados en cuestiones americanas. Entre las muchas razones que autorizan mi elección, recordaré las que siguen: 1º, que en nuestro ambiente el conocimiento de la arqueología clásica y, en particular, de la asiánica no penetra más allá de las generalidades brindadas por el libro escolar y las enciclopedias; 2º, que el material americano recogido por los Autores, aunque figurado copiosamente, no se encuentra descripto ni elaborado con el sistema requerido por los trabajos arqueológicos; 3º, que, mientras muchos han objetado las afirmaciones que se refieren a la alfarería de Santiago y al famoso "imperio de las llanu-

ras'', nadie, hasta ahora, ha intentado impedir que se difunda la especie de que la parte concerniente a la comparación clásica es, en cambio, incontrovertible.

Tenga presente el lector la frase que hemos transcripto más arriba, extraída de esa página 47, que es el verdadero frontispicio arqueológico.

Ella contiene tantos errores como palabras.

Ningún arqueólogo cree hoy que los vasos de tierra negra-amarillenta de Hissarlik representen en su porción superior a ''cabezas de lechuza''. Así lo afirmó Enrique Schliemann, el entusiasta amigo de los héroes de Homero, quien logró excavar la colina del Simoenta: ''Los centenares de ídolos femeninos y de vasos que llevan figuras femeninas con cabezas de lechuza que yo he encontrado en Troya no podrían representar sino una sola idea: Palas Athenea, la diosa tutelar de Troya, tanto más cuanto que Homero la llama constantemente Glaucopis, que significa literalmente ''con rostro de lechuza'', y no ha aplicado este epíteto a ninguna otra diosa ni a ninguna mujer mortal''[1]. La debilidad de los Wagner ha sido la de tomar como oro de buena ley todas las afirmaciones de este excavador entusiasta y genial, cuya obra práctica fué afortunada e inmensamente fecunda, a pesar de que casi todas sus interpretaciones cayeron pronto en el olvido. En particular, la que se refiere a los vasos rematados ''en forma de cabeza de lechuza'' — *Eulenformige*, o *Eulenköpfige Vasen*— enunciada por Schliemann, en 1874, ya estaba muerta y sepultada al salir la gran obra sobre Ilios, en 1881[2].

Schliemann se hizo famoso, no sólo en Hissarlik, sino también en Micenas y Tirinto, por sus incesantes presentimientos de enfrentarse con los personajes de la epopeya, Agamenón y Príamo, sobre cuya existencia real y corporal no concebía duda alguna, a pesar de las amables advertencias de los sabios que fueron sus consejeros. Este fué el aspecto típico de su cultura, la que, puede decirse, se había nutrido únicamente de las savias de la epopeya; la Ilíada fué su manjar cotidiano ya desde

(1) HEINRICH SCHLIEMANN, *Ilios, Stadt und Land der Trojaner*, Leipzig, 1881; véase pág. 318. El trozo citado está repetido y traducido por nuestros autores en la pág. 401.

(2) La primera refutación, en orden de tiempo, anterior a la declaración de R. Virchow, pertenece a M. Longperier, quien combatió a fondo, y a veces con demasiada crudeza, la opinión de Schliemann sobre las "cabezas de lechuza". M. LONGPERIER, en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions etc.*, pág. 95. París, 1874.

los lejanos días en que trabajaba de sastre en Norte América. Cuando descubrió ídolos y vasos con caras humanas provistas, algunas veces, de nariz arqueada a guisa de pico de ave, creyó realmente que se trataraá de lechuzas, influído por el hecho que la lechuza sería más tarde el símbolo de Palas Athenea, la divinidad venerada en Atenas. De esta circunstancia sacó Schliemann la convicción que la misma diosa fuese también la protectora de los troyanos. Un razonamiento poco sólido, en verdad; muy otra cosa sería si, estando plenamente comprobado que Athenea fuese la protectora de Troya, hubiese sacado la consecuencia que las figuras representaran caras de lechuza. Para decirlo en dos palabras, y siguiendo las mismas de Mosso, afirmamos que *''a tutte e due le cose nessuno ora crede''*[1].

Una interpretación absolutamente opuesta fué formulada por Rudolf Virchow, y aparece en el mismo prólogo con que el sabio berlinés presenta la obra de 1881: ''Desearía mencionar un punto en el que no puedo compartir enteramente la opinión de Schliemann... Como pude observar, de las *Gesichtsurnen* traídas por Schliemann de Troya, ni una sola muestra una verdadera cabeza de lechuza o en su forma general está modelada a guisa de ave... Hablando como naturalista, el tipo de la imagen que llevan en su porción superior es humano, y sólo tienen forma de lechuza la nariz y las órbitas encerradas en el contorno y los lineamientos humanos. En cambio la oreja es siempre humana, y nunca remeda a la lechuza... También la boca, cuando ella aparece, al igual que los senos, son exclusivamente humanos''[2].

La contrademostración de Virchow es amable, aunque firme, como conviene a un sabio quien, a pesar de los errores de apreciación, admira profundamente a la personalidad factiva del excavador de Ilios. Mientras esto ocurre en el lado meramente iconográfico, no es menos terminante la contrademostración en lo que concierne a las religiones, terreno que desgraciadamente es afrontado, por lo común, con gran ligereza y con criterios e informaciones superficiales, a pesar de lo tremendo de la empresa. El profesor A. H. Sayce así escribe: ''Yo creo con seguridad que las groseras figuras troyanas en las que Schliemann ve representaciones

(1) ANGELO MOSSO, *Le origini della civiltá mediterranea*, Milano, 1912. Véase pág. 107.

(2) RUDOLF VIRCHOW, Prefacio a la obra de Schliemann de 1881, pág. XV.

de Palas Athenea con cabeza de lechuza, no son, en realidad, más que las tentativas con que unos rudos artífices han querido representar a una divinidad que en esas regiones (de Microasia) fué invocada con nombres diversos: Atargates, Ate, Cibele, Ma y Omphale''[1].

Los Wagner sólo conocen, en oposición a la doctrina de Schliemann, la objeción de Virchow y la de Ballichon. En cuanto a este último, se limita a aconsejar que en lugar de ''vasos de cabeza de lechuza'' se los denomine ''de cabeza de gavilán'', en base a las formas de Egipto. Schliemann, dice, no pudo tener presentes las formas egipcias, porque en el Museo de Berlín estaban arrinconadas en un escondrijo[2]. Esto, en substancia, poco o nada importa a los Wagner, gavilán o lechuza son una misma cosa: lo importante para ellos es que sean cabezas de pájaro (pág. 401).

Contra la objeción de Virchow, en cambio, los Wagner recurren a un argumento que — para ellos — tiene la fuerza destructora de un alud. No negamos — dicen — lo afirmado por Virchow, esto es, que las piezas de alfarería de la antigua región de los Godos, o Pomerelia (Posnania y Silesia, en la Prusia Oriental) sean directamente vinculadas a las similares de Troya, ni que las primeras sean intensamente humanizadas; sin embargo las de Troya son de pájaro. En éstas ''aparecen las orejas, pero la boca falta en absoluto, lo que constituye un carácter ornitomorfo indiscutible'' (pág. 402). Más adelante, insisten en que las piezas de Hissarlik,

(1) A. H. SAYCE, *Die Inschriften von Hissarlik*, apéndice III a la obra *Ilios*, 1881, págs. 766-781. Véase pág. 769.

(2) El acercamiento de los vasos de Hissarlik a los vasos ''canópicos'' de Egipto, predicado por Ballichon, no es impropio, pero sí imperfecto e incompleto. Como es sabido, los egipcios empleaban juegos de cuatro vasos ''canópicos'' en la embalsamación, destinándolos a contener el intestino, el estómago y demás vísceras del difunto; cada uno de ellos llevaba el nombre de uno de los hijos de Osiris, los cuatro Horus. El primero, llamado Hapi, tenía en la tapadera la imagen de un cinocéfalo; el segundo, Amset, de hombre; el tercero, Tuaumutef, de chacal, y el cuarto, Kebehsenuf, de gavilán. Resulta claro que de cada juego de estos vasos, uno solamente tiene forma de cabeza de ave. Evidentemente, no hay razón para desdeñar a todos los demás y colocar en posición tan eminente — como lo exige Ballichon — al solo canopo con cabeza de gavilán.

Añádase que el acercamiento de los canopos egipcios a los demás representantes del ''canon'' de la urna-cara, o *Gesichsturne*, ya lo había solicitado Rudolf Virchow en esa memorable conferencia pronunciada ante la Sociedad Antropológica de Berlín en 1870, con la que se llama por primera vez la atención de los arqueólogos sobre los problemas conexos con las urnas-caras, y con certera doctrina se fundan las observaciones metódicas para su estudio: RUDOLF VIRCHOW, *Ueber Gesichtsurnen*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, II, 73. Berlín, 1870.

mientras tienen indicados la nariz, las arcadas superciliares, *los senos* y, a veces, los ojos, ninguna figuración llevan de la boca (pág. 408). Una larguísima digresión es consagrada a poner bien en vista este punto, y termina en la pág. 420.

Esto de la ausencia de boca es un viejo caballo de batalla que, a pesar de haber sido cabalgado por gran número de teorizantes, descontentos con la ciencia que llaman ''oficializada'', vuelve todavía, de tarde en tarde, a reanudar la pelea llevando encima a algún franco-tirador.

Durante la fantástica *jacquerie* contra la ciencia que se terminó, no ha mucho, con el escándalo de Glozel, volvió, naturalmente, al tapete la famosísima cuestión de la decoración *des arcades surcilières, des yeux et du nez, mais sans bouche, dite communément ''tête de chouette'' ou ''idole néolithique''*. El doctor Morlet propuso la explicación de que con la falta de boca se había querido expresar el ''silencio'' de los muertos, aduciendo que entre los Celtas hubo una especie de identificación entre el concepto de muerte y el de silencio[1].

El profesor A. van Gennep no acepta la ''teoría del silencio'', porque la encuentra insuficiente para explicar las decoraciones del Africa del Norte, del todo análogas en la forma[2]. Se inclina más bien por la teoría del ''ojo profiláctico'', contra el ''mal ojo'', estudiado en Marruecos por Westermark y por Seligman en todos los pueblos comparativamente, en los dos volúmenes de su obra *Der Boese Blick*, Berlín, 1910. Es digno de interés, resume van Gennep, que todos los pueblos, desde Egipto hasta los salvajes actuales, dibujan o esculpen al ojo profiláctico en forma de un óvalo o de un círculo colocado abajo de la ceja, a veces acompañado de la nariz, pero nunca de la boca[3].

Otro escritor que ha insistido con vehemencia en la ausencia de la boca, es el ingeniero Louis Siret. Profundo conocedor de las tradiciones

(1) Dr. MORLET, *Chronique de Glozel*, en *Mercure de France* del 15 de diciembre de 1926, págs. 696-700.

(2) A. VAN GENNEP, *Chronique de Glozel*, en *Mercure de France* del 1º de enero de 1927, págs. 190-193.

(3) También S. Reinach parece inclinado a aceptar la interpretación profiláctica de todas las urnas-caras, o, mejor dicho, de los dibujos en ellas practicados. S. REINACH, *La sculpture en Europe avant les influences gréco-romaines*, en *L'Anthropologie*, IV, 15. París, 1894. Véase pág. 181).

de los Druídas, ha afirmado, en una memoria sumamente ingeniosa, que las llamadas "figuras neolíticas" no son humanas, sino representan los elementos geometrizados de una palmera, con su fuste, hojas e impresiones dendríticas estilizadas en sumo grado. Es ésta una de las hipótesis más audaces que yo conozco. La demostración, apoyada en muchas observaciones analíticas y en copiosos y admirables conocimientos, está minada, sin embargo, por la deficiencia de la construcción lógica [1].

Apartándonos ahora de las tres teorías, la del silencio-muerte, la del ojo profiláctico y la de la palmera religiosa, que se basan todas en la exaltación de un indicio tan débil como es la ausencia — en cierto número de casos, nótese bien — de la boca, aprovecharemos el enorme acervo arqueológico que se encuentra publicado o exhibido en los museos clásicos. Anotaremos, además, algunos puntos dudosos o erróneos que debilitan substancialmente la argumentación de los Autores de la "Civilización del Chaco Santiagueño".

I. — La boca falta en todas las llamadas estatuas-menhires del período neolítico y eneolítico de las regiones del Gard, del Aveyron y Bretaña, en Francia, y de Ponteveccio, Filetto y Bologna, en Italia. Sin embargo, la mayor parte de esas figuras llevan bien delineados los senos. Llevan, además, una maza bumerangoide o un puñal de hoja triangular con mango semilunar (forma itálica) o a guisa de anillo (forma egipcia). No faltan ejemplares que llevan alrededor del cuello collares de muchos hilares de cuentas, a veces también de una hilada única, pero con una cuenta maciza cilíndrica de gran tamaño, suspendida bajo el mentón [2]. Todos estos elementos: seno, armas e instrumentos, guirnaldas, son de tal naturaleza, que la hipótesis que fueran pájaros queda excluída (figs. 1 a 3).

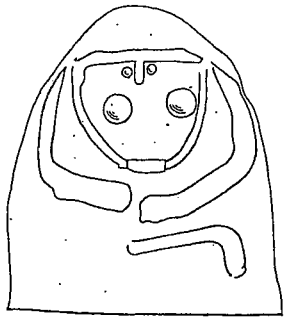


Fig. 1. — Estela de Collorgues (Gard) en su posición superior.

(1) Ing. LOUIS SIRET. *La dame de l'erable*, en *L'Anthropologie*, XXX, 234, París, 1920.

(2) ABBÉ HERMET. *Statues-menhirs de l'Aveyron, du Tarn et de l'Heraut*, en *L'Anthropologie*, XII, 595, París, 1901.

Commandant OCTOBON. *Enquête sur les figurations néo-enéolitiques*, en *Révue Anthropolog*, XLI, 297, París, 1931.

II. — Faltan las bocas en las estelas de madera del Asia Central cuyo significado y forma ha sido puesto en relación con las anteriores. La cara de esas figuras tiene una curiosa analogía con las imágenes pintadas en las rocas de Gleneg, Australia del Noroeste, también carentes de boca [1]. Véanse figuras 4 y 5.

III. — Sin abandonar las esculturas neolíticas de Francia, falta la boca en la cabeza esculpida en roca calcárea, de la estación de Martinet, Lot-et-Garonne [2].

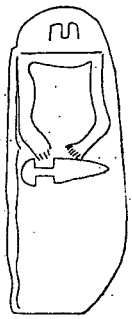


Fig. 2.—Estela de Pontevecchio (Liguria).

IV. — Si, después de los neolíticos y de la etnografía, nos dirigimos a los restos arqueológicos de la edad protohistórica en el Mediterráneo Oriental, encontraremos que faltan de boca los ídolos de arcilla del Egipto predinástico excavados por Flienders Petrie y Quibell, en Nágada, de los que reproducimos un ejemplo (fig. 6). Falta también en las figuritas de Haghia Triada, Phaistos y demás localidades de Creta, en Italia (fig. 7) y en el mismo Egipto dinástico (fig. 8). En ninguno de los casos aducidos por una cantidad de autores, no obstante la sospechosa curva del dorso de la nariz, es lícito dudar que se trate de figuras humanas; véanse el seno, el sexo, la cadera y el muslo [3].

V. — Transcribo del capítulo de A. Mosso, sobre "Las figuras votivas de la Edad Micenia": "Idéntica cara humana con pico de ave se encuentra comunísima en Egipto, en la edad neolítica y en las primeras dinastías. Encuéntrase también en Creta, y *no resulta fácil distinguir si es debida a la impericia de los alfareros que no sabían hacer mejor, o que trabajaban apurados, o poco se cuidaban al fabricar imágenes comerciales*" [4].

(1) K. T. PREUSS. *Kunstlerische Darstellungen etc.*, en *Zeitscrh, für Ethnol*, XXX, 82, Berlín, 1898.

HERBERT KÜHN. *Die Kunst der Primitiven*, München, 1923; véase págs. 60, 61, 112.

(2) L. COULONGES. *Le gisement préhistorique du Martinet* etc., en *L'Anthropologie*, XXXVIII, 495, París, 1928.

RAFFAELLO BATTAGLIA. *Sulla distribuzione geografica delle Statue-Menhirs*, en *Studi Etruschi*, VII, 11, Firenze, 1933.

(3) ANGELO MOSSO, *ob. cit.*, figuras 67, 72-73, 85, 90, 125.

(4) ANGELO MOSSO, *ob. cit.*, pág. 107.

VI. — La nariz en forma de pico de ave y la ausencia de boca, en esta clase de restos arqueológicos no puede ser tomada en sentido naturalista, por una de las tres razones que hemos leído en Mosso. ¿La prueba? La barca neolítica, en terracota, existente en el Museo Egizio de Turín contiene la figura de un marinero, en cuyo rostro fué colocado un pico de ave de rapiña [1], en el lugar de la nariz (en este caso preferiríamos la explicación de impericia y rudeza del alfarero). Otro ejemplo lo ofrecen algunos ídolos de terracota de la isla de Chipre, con nariz en forma de pico aguileño [2], a pesar de que esos ejemplares forman parte de series chipriotas que representan ídolos provistos de brazos, boca, orejas, sexo, seno, ombligo y hasta vestimentas (en este caso nos inclinaríamos por la explicación de negligencia). Véase fig. 9.

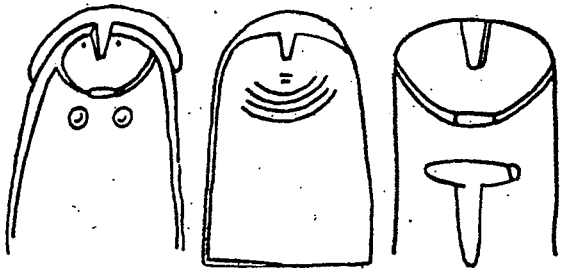


Fig. 3. — Dibujo esquemático de las estelas del grupo Marne - Oise - Seine.



Fig. 4. — Parte de figura humana en una pintura sobre rocas, de Gleneg, Australia del Noroeste.

VII. — Existen en el mismo material figulino exhumado de Hissarlik, al lado de las figuras sin boca de los estratos I-V, también otras con los rasgos faciales menos embrionarios, provistas de orejas y labios, y constituyen no ya casos aislados, sino verdaderas series. Emparentadas estrechamente con las *Eulenurnen* de Schliemann, sorprenden, sin embargo, por su colocación cronológica más profunda, pues pertenecen a la capa II de Hissarlik. (fig. 10). Esto hablaría en contra de la impericia plástica de los alfareros que modelaron las urnas sin boca y con órbitas en forma de M. He aquí lo que piensa Dussaud: *"En el primer período el rostro es modelado rudamente pero con una cierta preocupación de exactitud. Muy pronto aparece la tendencia a estilizar: la boca se indica apenas o desaparece del todo"* [1].

(1) ANGELO MOSSO, *ob. cit.*, figura 133 y texto pág. 107.

(2) RÉNÉ DUSSAUD. *Les civilisations préhelléniques dans le bassin de la mer Égée*, París, 1914. Véase pág. 367.

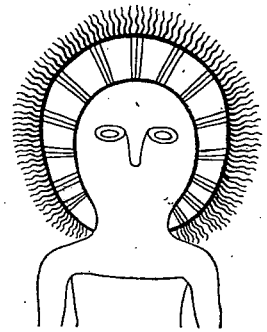


Fig. 5. — Parte de pintura mural de la Australia del Noroeste (Gleneg).

VIII. — En cuanto al objeto que se supone una tapa de urna funeraria, provisto de apéndice cónico superior "idéntica a las tapas de las urnas de Hissarlik", y descubierto en el Chaco de Santiago, que los Wagner publican en la figura de pág. 367, es una comprobación que no puede traer mucho peso en favor de la naturaleza "ornitomorfa", puesto que el mismísimo objeto, o tapa, cubre — sin diferencia — todas las urnas de figura humana, tanto los *Eulenvasen* que no tienen boca, como los vasos de rostro entero que se mencionan en el número anterior, y que llevan la boca cuidadosamente delineada. ¡Además, esas tapaderas representan gorros! [2].



Fig. 6. — Idolo egipcio de la edad prehistórica, en arcilla cruda.

(1) RÉNÉ DUSSAUD, *ob. cit.*, pág. 133.

(2) Ya en 1870 fué observado, en la discusión seguida a la conferencia de R. Virchow, que una gran parte de las urnas-caras están cubiertas con una tapa que tiene la forma de gorro (*Mütze*), y estos gorros abundan en los ejemplares de Dinamarca y Alemania. Cfr. WALTER KAUFFMANN, *Mitteilungen weber Gesichtsurnen*, en *Zeitschr. für Ethnologie*, t. II, Berlín, 1870, pág. 346. Más tarde, al conocerse las formas de Hissarlik, se vió que coincidían en este particular, pues la cara humana está cubierta por tapas a guisa de gorro asiánico (gorro frigio). Otras piezas, en cambio, tienen la tapadera en forma de casco guerrero, especialmente en Etruria y en Pomerania. Véase el ejemplar descripto por el Dr. Marschall, por ciertos caracteres único en su género, que representa a un casco prusiano análogo al que ha llevado la infantería argentina durante las primeras décadas de este siglo. Cfr. Dr. MARSCHALL, *Die Gesichtsurne von Liebenthal*, en *Zeitschz. für Ethnologie*, t. III, Berlín, 1871, págs. 120-126. El gorro más análogo a las urnas troyanas lo vemos, en cambio, en el ejemplar de la fig. 74, de S. REINACH, en la monografía arriba citada, pág. 181, procedente de Henriettenhof (Prusia Occidental), que posee, bien netamente indicadas, la boca y la lengua, esta última, extendida hacia fuera y abajo. ¡Háblese, pues, de figuras de pájaros!

IX. — He de señalar también que los Wagner no han sacado provecho alguno de toda una serie de *Gesichtsurnen* en la que nadie osaría dudar un solo momento de la naturaleza humana. Son las urnas-bustos del valle de Chiusi, bien conocidas en la arqueología etrusca, cuya porción facial consta, a veces, de una mascarilla de greda tomada por aplicación sobre la cara del cadáver. Llevan insertados en las orejas anillos de metal, a guisa de pendientes; por todo lo demás, senos, ombligo, brazos, etc., iguales a las de Troya y de Pomerania. (fig. 11). Establecido el nexo entre las series de Dardania, Pomerania y Etruria, del que nadie ha dudado hasta hoy con fundamento [1], la observación formal, y más la funcional, de estas últimas debía ponerlos en guardia contra el miraje del Dios-pájaro.

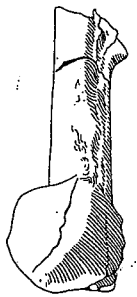


Fig. 7.— Idolo femenino encontrado en Cremona (Italia), en un "fondo di capanna".

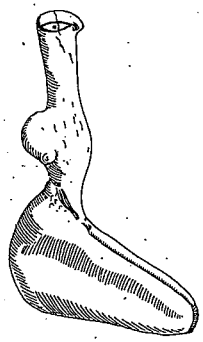


Fig. 8. — Estatuita de tierra endurecida al sol encontrada en Luxor (Egipto), de hechura neolítica, aunque corresponda, probablemente, al período dinástico.

X. — Aunque los hechos recordados demuestran ampliamente que las imágenes de terracota y piedra de las grutas del Marne, del Vístula y del Mediterráneo Oriental que no poseen la boca, son humanas sin contradicción posible por el conjunto de otros muchos elementos anatómicos, instrumentos y actitudes, será interesante completar esta demostración con la otra, en cierto modo recíproca, de que conocemos ejemplares perfectamente humanos y provistos de boca, cuya porción nasal y orbitaria reproduce fielmente la famosa M de la alfarería de Troya y otros lugares. (Véase fig. 12). Un solo caso, el de una figurita femenina de la isla de Chipre extraída de la documentación Richet-Carthaillac, será suficiente para ofrecernos la prueba deseada. (fig. 13).

(1) La asociación tipológica, y hasta histórica y étnica, entre las series de Pomerania, Etruria y Dardania fué formulada por Virchow, luego por Reinach, Hoernes, etc. La publicación más reciente es la de W. LABAUME. *Gesichtsurnen und Hausurnen*, en *Archiv für Anthropologie*, N. F., vol. XXIII, Braunschweig, 1932, págs. 1-39, en la que los problemas de clasificación, denominación y conexiones internas del grupo de Pomerania llegan a un alto grado de perfeccionamiento, mientras, en cambio, las correlaciones entre ese grupo y el troyano y etrusco sufren un notable empobrecimiento de visión, comparando con los grandes morfólogos que fundaron la doctrina, entre 1870 y 1910.

En cuanto a la asociación tipológica e histórica con América, perfilada ya en mis dos escritos *El busto en los dos mundos* y *La Cerámica prosopomorfa en Europa y América*, publicados respectivamente el 20 y el 27 de agosto de 1922 por el cotidiano "La Prensa", de Buenos Aires, no ha cesado de preocuparme durante los veinte años que han transcurrido desde esa fecha y siempre la considero como uno de los problemas más fecundos de la arqueología comparada. Naturalmente, los materiales acumulados durante este lapso tan considerable de tiempo y de estudios, me aconsejan completar su exposición y valoración en un trabajo más moderno y menos ceñido a la comparación formal, haciendo el lugar debido a las evidencias de la culturología. Se impone, por ejemplo, investigar por qué los ejemplares americanos pertenecen en su totalidad a las culturas superiores, o proto-históricas, del doble continente americano. Las escasas piezas de América traídas a la confrontación por ARTHUR HABERLANDT: *Prehistorisch-ethnographische Parallelen*, en *Archiv für Anthropologie*, N. F., vol. XII, Braunschweig, 1913, págs. 1-25 y sacadas de trabajos de Debenedetti, Wilson y Holmes, no son suficientes, hoy, para asentar el debate en forma satisfactoria, porque se ha visto que casi toda la cerámica de los pueblos Andinos, de los Istmos y del sector Gila - Río Grande del Norte está repleta de tipos y categorías prosopomorfas, llegando, en la costa peruana, a brindarnos verdaderos e insuperables *Portrait-urnen*, o vasos-retratos. Estoy convencido — por la fuerza misma de los innumerables hechos concretos de la arqueología comparada — de que este examen constituye algo como la base de la historia de las civilizaciones americanas caracterizadas por un alto desarrollo artístico, y que, por medio de sus resultados, se hará más clara la posición recíproca de entidades étnicas como la peruana, la mayoide, la de los Pueblos y las argentinas del Noroeste.



Fig. 9. — Idolos de Chipre, de tierra cocida, pertenecientes a la colección Richter-Carthaillac (Louvre).

XI. — En la figura 526 (pág. 407), y en el texto (pág. 425), afirman los Wagner que "en Grecia, para recordar a la lechuza, el casco de la clásica Minerva (querían decir Athenea) sigue mostrando en la cimera el símbolo en M de las urnas funerarias con cabeza de lechuza de la 'ciudad incendiada' de Príamo". Esto es una equivocación elemental, que procede del desconocimiento de las partes y la nomenclatura del casco

griego, o κράνος, cuya calota (ἐπίκρανον) terminaba arriba de los ojos por dos arcos bien redondeados que protegían las cejas (ὀφρύες) provistos de una cornisa, o γεῖσον, mientras el frontal se continuaba generalmente en una sutil lengüeta mediana que seguía el dorso de la nariz (μέτοπων); en cuanto a la impresión de dibujo en M que se deriva de las partes descriptas, está completada, en el ejemplar del busto mencionado, por las dos láminas protectoras de la mejilla, o παραγναθίδες.

¡Qué curioso efecto nos produce — ahora — la lectura de las páginas, diseminadas en el volumen de los Wagner, en que se insiste y se repiten *ad nauseam* las afirmaciones sobre la "divinidad ántropo-ornitomorfa" postulada ya en el exordio! "De más en más se irá afirmando en nuestro espíritu la convicción de que, manos inspiradas por la misma fe y las mismas ideas, en época más o menos la misma de los fastos de la humanidad, amasaron y modelaron la arcilla de las orillas del río Dulce y del río Salado y las gredas del Scamandro, para reproducir los rasgos de la misma divinidad y rendirle homenaje (pág. 392-3)". "No vacilaremos, pues, en hermanar las urnas de cabeza de pájaros americanos, y especialmente las de Santiago del Estero y del noroeste Argentino, a las urnas de cabeza de lechuza de Hissarlik y de Alemania, pues si examinamos, etc., (pág. 419)". "El Dios-Pájaro, acaso la más antigua concepción religiosa que se conoce... (pág. 419)" y así página tras página, de tal manera que resultaría abrumadora la tarea de citarlas todas.

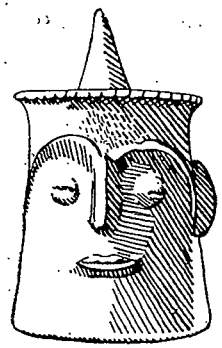


Fig. 10. — Vaso de terracota de las excavaciones de Hissarlik, encontrado en el estrato conocido con el nombre de Troya II.

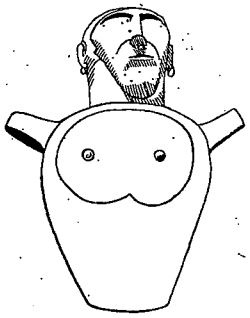


Fig. 11. — Vaso cinerario etrusco, del valle de Chiana (Clusium), cuya cara es una mascarilla (Museo de Chiusi).

Llegan los Autores a concentrar en esta asociación "ornito-antropomorfa" una virtud de singular trascendencia. "Hecho extraño, al par que difícilmente explicable, sobre el que nos parece útil insistir, es que aún resulte posible recorrer la mayoría de los más modernos tratados de arqueología sin hallar empleada ni una sola vez la expresión "ántropo-ornitomorfa": las interesantes ideas que esta conjunción de palabras implica, diríase que para numerosos escritores apenas tiene derecho a la existencia: hase tramado en torno a ella una verdadera conspiración del silencio (pág. 436)".

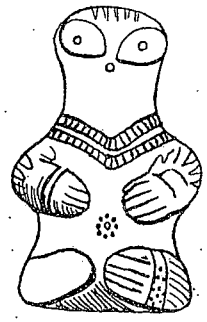


Fig. 12. — Idolo de terracota, procedente de la costa licia, y contemporáneo de las primeras instalaciones de Hissarlik (British Museum).

Indudablemente, lo que más urge e inquieta a los Autores, es el contenido de esa frase, es la aceptación del connubio religioso Dios-Pájaro. De ello que su libro haya resultado, más que una ilustración de material arqueológico, una exposición de peculiares y muy discutibles teorías de historia de las religiones. En todo el volumen reina la construcción inequivocable del sofisma de *petitio principii*, y ese principio es la divinidad ántropo-ornitomorfa, sentado ya desde el frontispicio. Ella, a su vez, está reposando en el error de Schliemann sobre las famosas *Eulenurnen*, y éste, por su parte, está sentado en las falsas afirmaciones que la protectora de Troya fuese Pallas Athenea y la segunda capa de Hissarlik fuese la misma Troya de Príamo cantada por Homero. Si tales equivocaciones y distorsiones son muy explicables en Enrique Schliemann, no pueden de modo alguno serlo en nuestros tiempos, sesenta años después, ya que el considerable trabajo arqueológico cumplido permite a toda persona, sin ser un Virchow, apreciar las relaciones morfológicas e históricas del vasto conjunto mundial de las representaciones androprosopas, o, sin ser un Sayce, valuar la posición religiosa y cronológica de los pueblos de Microasia con respecto al Atica.

Muy otra cosa sería el trabajo de los Wagner, si los Autores hubiesen seguido mis consejos, repetidamente y con sincera amistad brindados al señor Duncan, de ceñirse a la elaboración científica y presentación del material recogido en tan fecundos yacimientos. La explicación de su con-



Fig. 13.—Idolito femenino de la isla de Chipre, de la misma colección que los anteriores (Louvre).

ducta está contenida en la posición que se defiende con tanto entusiasmo en la pág. 397, en la que, con ímpetu juvenil, se ridiculizan a los escritores condenados a "estar dando vueltas eternamente o marcando el paso sobre los senderos mil veces trillados...".

Personalmente, ninguna alegría puede causarme el fracaso de estudiosos que he estimado cordialmente y que han realizado, fuera de toda duda, un trabajo enorme, con infinita pasión. Pero considero mi deber tomar en cuenta las reacciones de los antropólogos de Europa y Norte América y el buen nombre de la ciencia argentina, no sin calcular el ejemplo desastroso que se ofrece a nuestros jóvenes.

Pueda servir este ejemplo a aquella parte de nuestra juventud que, sedienta de éxito y renombre, se viera dispuesta a recurrir a la enunciación de novedades sensacionales, aptas para solicitar el fervor inmediato de la publicidad y de los medios desprovistos de crítica. ¡Claro que existen, también, las cuestiones de amplio vuelo, las correlaciones con la edad clásica y con las más lejanas comarcas del globo! Pero es necesario, antes de abrir las alas para tan desmesurados tránsitos, haberse sometido a larguísimas y durísimas pruebas, porque así, solamente, se adquiere la seguridad de criterio y la severidad auto-crítica, en la medida que ese fin hace indispensable. Se aprende así, a costa de penosas desilusiones, a apreciar la falacia de las impresiones personales, de las verisimilitudes creadas por el "sentido común", por los recuerdos de escuela y la lectura de diarios, y a evitar de convertirse en *homo unius libri*, o *unius auctoritatis*.

De buen corazón les auguro a esos jóvenes impacientes, que de ninguno de ellos pueda decirse nunca que — según la terrífica expresión de Erland Nordenskiöld—*zu fliegen versucht, bevor er überhaupt zu kriechen gelernt hat:* intenta volar, sin que antes, sobre todo, aprendiera a arrastarse.